

Advaita y reinado de Dios

**José Ignacio González Faus,
Cristianismo y Justicia,
Barcelona**

Esta nota ha nacido provocada por la lectura del libro de Victorino Pérez Prieto, *La búsqueda de la armonía en la diversidad. Diálogo ecuménico e interreligioso desde el Concilio Vaticano II*, que me envió la editorial para reseñar. Pero no busca una confrontación con el libro, que me parece recomendable y bien hecho, y cuya arquitectura apunta a una parte final que es la más importante y a la que quisiera sumarme: después de ir paso a paso por el Vaticano II, por el ecumenismo entre cristianos, el ecumenismo hacia fuera o diálogo interreligioso, llega el autor a lo que llama diálogo “intrarreligioso” o “pertenencia religiosa múltiple”, donde habla de Thomas Merton, Henri Le Saux, Raimon Panikkar y Ana María Schlüter, entre otros. Esa doble militancia no significa necesariamente una pertenencia sociológica, pero sí personal o (diría yo) de experiencia interior. Lo comparto y hasta creo sentir menos escrúpulos que el autor por matizar y distinguir entre concordismos o sincretismos y lo que Panikkar llama “equivalentes homeomórficos”. Es verdad que todo necesita ser matizado, pero L. Boff escribió antaño una bella defensa del sincretismo; y el Antiguo Testamento está lleno de “palabras de Dios” aprendidas de las religiones de la época, con las que, por otro lado, el judaísmo polemizó a lo largo de toda su historia.

Aclarada esta cercanía con el autor, me voy a atrever no obstante a plantear un punto de confrontación muy decisivo para mí. Aunque el título de esta nota ya lo insinúa, podríamos reformularlo aludiendo a otra necesaria “militancia múltiple”: entre teología de la liberación y religiones orientales.

Debo aclarar que el autor no niega nada de lo que intento defender: clara y expresamente habla de que su ecumenismo ha de darse “sin olvidar a los pobres ni a las mujeres”. Y en la página que cierra el libro (p. 190) vuelve a repetir esa muletilla ampliándola.

¿Dónde está, pues, la diferencia? Con esta pregunta entramos ya en la tesis de estas líneas y quizá podríamos decir que se trata de *una cuestión de dosis*. Al tratar de ese ecumenismo hacia fuera, remite el autor a la *advaita* (no-dualidad)

hindú como aquello que puede producir “una interpenetración, una fecundidad recíproca de todas las culturas y religiones” (p. 114), o como “el culmen de todas las religiones y filosofías en cuanto que introduce la ‘experiencia suprema’ de la inseparabilidad entre sí mismo y el Absoluto” (pp. 115-116).

Podemos prescindir ahora de precisiones conceptuales como que, en mi opinión, la *advaita* en plenitud solo se da en aquello que los cristianos llamamos la unión hipostática; pero sin olvidar que Rahner define al hombre precisamente como “una pretensión de unión hipostática”. Esto es suficiente ahora, para no negar esa experiencia de la no-dualidad que creo significa bastante para mí. No la veo tan distante de la manera como san Ignacio recomienda encontrar a Dios: en las cosas dando el ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres haciéndolos a Su imagen y semejanza (cf. EE 235).

Pero, siguiendo a aquella maestra Hipatia que, en la película de Amenábar, acaba descubriendo que, para nosotros, la figura perfecta no es la circunferencia (con su único centro), sino la elipse con sus dos focos, pienso que hay que conceder *exactamente la misma centralidad* a la experiencia de la liberación de los sufrientes y los maltratados. Y hasta creo que el cristianismo ha de ser en esto no intolerante, pero sí tozudo en su relación con las otras religiones y cosmovisiones de la tierra. En cambio, me parece que el libro citado da más fuerza a lo uno que a lo otro. La teología de la liberación está claramente reconocida y ya he notado su empeño en que todo el ecumenismo interreligioso se haga “sin olvidar a los pobres”. Pero insisto en que no se trata de “olvidarlos”, sino de *convertirlos también en “culmen, interpenetración y fuente de fecundidad recíproca”*, de convertir al sufrimiento en raíz del pensamiento teológico, en objeto formal de la fe formulada.

Y entonces, la pregunta decisiva me parece ser esta: ¿Llega hasta los oídos de la *advaita* el llanto ensordecedor de los sufrientes de la tierra? Y al revés, ¿puede aportar algo la *advaita* a la hora de enjugar ese llanto? ¿Puede darse esa serena experiencia de no-dualidad en la mujer que tiene un marido ciego, unos padres con alzhéimer, está ella recibiendo quimioterapia y un buen día le anuncian que su hijo pequeño tiene una esclerosis múltiple (dato histórico)? ¿Cómo vivir esa no dualidad en la famosa “ordenación sacerdotal” celebrada en un basurero de Asunción de Paraguay y denostada por muchas gentes piadosas como irreverente? ¿Cómo vivirla cuando estás intentando saltar las vallas de Melilla o atendiendo a los heridos en ese intento? ¿Cómo vivirla ante la muchacha rumana engañada y prostituida por unos criminales mafiosos? ¿O ante los miles de seres humanos condenados a una muerte lenta por un sistema criminal, al que Gobiernos de derechas o de izquierdas se pliegan como perritos falderos?

Creo atisbar un poco esa experiencia de la *advaita*, pero, a la vez, vivo la sensación de que, en esta nuestra realidad concreta, más que no-dualidad lo que hay es una *advaita* desintegrada, hecha pedazos, reducida a escombros. Una inseparabilidad metafísica, pero, a la vez, un rechazo histórico. Y temo que si la experiencia de la no-dualidad elude esta pregunta, corre el mismo peligro de

esterilidad que todas las místicas de ojos cerrados. Mientras que si la acepta, puede enriquecerse con tres ventajas.

La primera será evitar aquella incoherencia que Albert Camus desenmascaró tan bien en la figura de Paneloux, el jesuita de *La peste* (novela que, ya se sabe, pretende ser una parábola de nuestro mundo): aquel buen clérigo era capaz de espléndidos discursos siempre que los afectados por la peste no lo afectaran a él; pero el día en que la epidemia muerde a los suyos, se desmorona y su fe se tambalea. La pregunta de Camus (¿tiene un hombre derecho a ser feliz en una ciudad invadida por la peste?) se repite ante todas las místicas de ojos cerrados o solo entreabiertos: ¿tiene una persona derecho a vivir la *advaita* en un mundo abrumado por el sufrimiento y el maltrato? Si encaramos con honestidad esa pregunta, descubriremos que la única felicidad que se nos ofrece y a la que tenemos derecho es la que se encuentra en la lucha por bajar de la cruz a todos los crucificados de la tierra. Una felicidad extraña y sembrada de noches oscuras, pero muy real. Si el cristianismo, como he dicho, es tozudo en esta insistencia, creo que prestará un servicio importante a todas las religiones de la tierra.

La segunda es la plena recuperación de la historia. Porque soportar esta cruz o esta apariencia de incompatibilidad entre la *advaita* y la ausencia del reinado de Dios, lleva necesariamente a un proceso de superación de la contradicción y, con eso, nos lleva a la *historia*. En mi opinión, las religiones de Oriente han de atreverse a encarar y recuperar la historia, no para negar su propia mística y sus grandes valores, sino para poder hacerlos más reales. Que esto es absolutamente posible lo demuestran los monjes budistas birmanos manifestándose públicamente contra la dictadura de su país.

Finalmente, la propuesta que intento hacer valdría para añadir otro paso más en ese ecumenismo o en la imprescindible tarea integradora que se había propuesto el libro antes aludido: el ecumenismo también hacia los ateos. Quizá no para con aquellos que son ateos porque se han divinizado a sí mismos (aunque estos puedan ser una mayoría), pero sí hacia esa multitud tan respetable de gentes a las que la experiencia del sufrimiento, el maltrato a tantos seres humanos y el no querer cerrar los ojos a esta realidad se les han convertido en “roca firme” que les impide anegarse en el mar de Dios. A todos aquellos que (citando otra vez la novela de Camus) aspiran a ser “santos sin Dios”, como el doctor Rieux.

He titulado esta nota “*Advaita* y reinado de Dios” porque el anuncio de Jesús es precisamente un anuncio de liberación: si se lanzan demonios en nombre de Dios, “es señal de que el reinado de Dios está llegando a nosotros”. Podía haber titulado también “*Advaita* y noche oscura”, para recuperar así un rasgo fundamental de la mística cristiana.

Y repito: estas reflexiones son “a propósito” de un libro. No contra él, aunque crea que puede avanzarse más en la propuesta de su autor de “no olvidar” a los sufrientes. Hay que buscar el modo de llegar a darles “carácter focal”. Como en la elipse.